

QH311

L4

ES PROPIEDAD

MADRID.—Imp. de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 duplicado.

INTRODUCCIÓN

LA NOCIÓN DE LA LUCHA Y LA HERENCIA GENERALIZADA

Ser es luchar; vivir es vencer.

La tendencia intelectual que engendró el politeísmo griego no ha sido modificada por veinte siglos de cristianismo. Fácilmente se la reconoce en aquellos de nuestros contemporáneos, que cantan “la vida de las piedras”, “el alma de las cosas”..., etc. Los místicos encontrarán durante mucho tiempo todavía un aliciente fácil en este lenguaje figurado. Aún se permitirá por mucho tiempo á los poetas afirmar que el mar “habla”, que es “algo viviente”, y estas ficciones serán agradables al oído humano, porque responden á una necesidad del hombre que gusta de encontrarse en la naturaleza entera. Nada parece más claro al hombre que el hombre mismo, y por eso las únicas teorías que le satisfacen por completo son las que le proporcionan una *explicación* real, las que pueblan la naturaleza de actividades calca-

das sobre la suya. En otro tiempo estas actividades antropomórficas se llamaban dioses; hoy se las denomina "almas" ó "vidas"; pero siempre es lo mismo.

Los poetas que personifican los elementos de la naturaleza bruta no tienen, según creo, la pretensión de hacer una labor científica; saben solamente que su lenguaje sintético será favorablemente acogido porque su comprensión exige pocos esfuerzos; pero algunos hombres de ciencia que no tienen la excusa de ser poetas, han vuelto á tomar, para desarrollarla y robustecerla con ejemplos bien estudiados, la afirmación de Cardan: "Las piedras viven, son susceptibles de enfermedad, de vejez y de muerte", y al hacer esto no han obtenido otro resultado que el poco envidiable de haber convertido en una expresión vacía de significación una palabra perfectamente definida (1).

Clasificamos todos los cuerpos de la naturaleza en vivos y brutos ó muertos. Cuando uno de los seres de la primera categoría sufre ciertas transformaciones, que se resumen en una sola palabra, diciendo que *muere*, pasa á la segunda categoría. Ha perdido algo que le distinguía de las piedras y que se llamaba su vida. Afirmar que los cuerpos brutos viven equivale á decir que los cuerpos muertos no lo están, y ¡he aquí un fenómeno muy neto, la muerte, que ya no significa nada!

Si se quiere conservar al lenguaje la precisión que caracteriza á las cosas científicas, es preciso, por el

(1) El profesor Dastre ha discutido esta cuestión en un volumen de esta Biblioteca, titulado *La Vida y la Muerte*.

contrario, tratar de definir la vida como "el conjunto de propiedades por las cuales los cuerpos llamados vivos se *distinguen* de los cuerpos llamados inertes". Si una vez hecho este trabajo se encuentra en los cuerpos brutos alguna de las particularidades que se había considerado como inseparable de los seres vivos, éste probará solamente que se estaba en el error y que hay que rehacer el trabajo. Los sabios á quienes aludía hace un momento han cometido el error de método de creer que sabían *a priori* lo que es la vida, y al encontrar en los cuerpos brutos algunos de los atributos de su definición, *a priori* han deducido que los cuerpos no vivos están vivos, en vez de decir que su definición era mala. Imaginad, extremando la cuestión, que se hubiera considerado el peso como un atributo característico de los cuerpos muertos: al cerciorarse luego de que los seres dotados de vida son pesados, no por eso deduciríais que los vivos están muertos, sino que el peso no es propiedad exclusiva de la materia bruta.

La biología tiene por objeto la investigación de lo que es común á todos los seres vivos, tanto animales como vegetales, y su esfera de acción no pasa de esos seres. Cuando se dedica uno á su estudio se debe estar preparado á grandes sorpresas. Se ve, por ejemplo, que, contra lo que se cree generalmente, la espontaneidad del movimiento nada tiene que ver con la definición de la vida. He dedicado varias de mis obras á la biología y por eso quisiera en este libro, en vez de detenerme en lo que es patrimonio *exclusivo* de los cuerpos vivos, ocuparme en las particularidades que perteneciendo á los seres dotados de vida y aun siendo aquellas cuyo estudio

más nos impresiona, *no son, sin embargo, características de la vida*. Estas particularidades son, precisamente, las que, consideradas *a priori* ilegítimamente como parte de la definición exclusiva de los seres vivos, han llevado á los autores á hablar de la vida de los cuerpos brutos.

Un estudio orientado en el sentido que acabo de indicar presentará un doble interés: no sólo impedirá emplear la palabra "vida" de un modo incorrecto y favorable al misticismo anticientífico, sino que nos enseñará además á usar, respecto de los cuerpos brutos, un lenguaje sintético, un lenguaje individualista que presenta, es verdad, riesgos filosóficos, pero que empleado con algunas precauciones habrá de ser fecundo. Este lenguaje es el de *la lucha universal*.

Es, en efecto, en los fenómenos que pueden ser comparados á la lucha "cuerpo á cuerpo", en donde se encuentran todas las particularidades á las cuales se han atendido aquellos que declaran que los cuerpos brutos viven: para referir esas luchas es preciso, naturalmente, dotar de personalidad á todos los objetos que nos rodean. Esto no es, sin duda, sino un artificio de lenguaje; pero ¿qué es, en suma, un sistema filosófico sino una manera de expresarse?

* * *

La idea de lucha está derivada de la observación de los hombres, ó, al menos, de los animales. Cuando dos hombres ó dos animales luchan entre sí es para conquistar una cierta ventaja: la noción de luchar es

inseparable de la de ventaja, de beneficio, noción que no puede concebirse sin referirla á la idea de individuo, de persona. Si, pues, se quiere extender á todos los cuerpos de la naturaleza una manera de hablar, primitivamente reservada á los animales, hay que dotar de personalidad, de individualidad, á los cuerpos brutos de igual modo que á los vivos. Esto es, por otra parte, lo que hacemos fatalmente en el momento en que damos nombre á un cuerpo, á un agente natural cualquiera. He aquí, fija en el muro, una lámina flexible de acero. El viento, al pasar, la encorva, pero cuando está suficientemente encorvada *resiste* al viento mientras éste no se hace más fuerte. Decíamos que la lámina de acero lucha contra el viento, que resistió los esfuerzos de éste: así, pues, prestamos al viento el esfuerzo que nos sería preciso á nosotros ejercer para doblar el resorte, y á la lámina de acero el que tendríamos que realizar para resistir al viento, de suerte que hemos personificado el viento y el resorte. Más aún: hemos imaginado en ellos entidades activas que llamamos esfuerzos, fuerzas, tensiones. Estos son los dioses de los politeístas.

Cabe preguntarse hasta qué punto este lenguaje antropomórfico es útil; pero es tan natural en el hombre que no podríamos prescindir de él, y debemos, por tanto, tratar de sacar de su empleo el mejor partido posible. Llegaremos á ello observando que el resorte, si es de buena calidad, se plegará de la misma manera siempre que esté sometido á la acción del mismo viento y colocado en idénticas condiciones. Por medio de una graduación empírica encontraremos, pues, en la flexión del resorte, una

medida indirecta de la velocidad del viento; pero como sabemos, por otra parte, medir directamente esta velocidad mediante el anemómetro, podemos tratar de establecer una correlación numérica entre el esfuerzo, noción humana que adquirimos doblando un resorte de acero, y una velocidad ó un cambio de velocidad, es decir, algo cuya medida se aproxima á una dimensión de longitud y á una medida de tiempo. Hay relaciones matemáticas entre esas entidades misteriosas que llamamos fuerzas y todos los fenómenos cuyo conocimiento se refiere á medida de longitud y de tiempo. Esto sentado, conservaremos nuestro lenguaje antropomórfico y continuaremos hablando de las *fuerzas* que hablan á nuestra imaginación, pero sabremos reemplazar la medida de estas fuerzas por las velocidades ó variaciones de velocidad, ó dicho de otro modo, por la medida de longitudes y de tiempos. Con ello, toda idea de personalidad, de individualidad, habrá desaparecido, y á una sensación humana habremos sustituido una noción científica (1).

Estando la idea de lucha en relación con la de fuerza, tenemos el derecho de preguntarnos si no podremos hacer en cuanto á la primera lo que hemos hecho respecto de la segunda, esto es, si transportando la noción de lucha del dominio humano al dominio bruto, no lograremos precizarla, depurarla en algún modo, estudiándola en fenómenos mensurables directamente. La lucha habrá perdido entonces su carácter original, habrá tomado una significación

(1) Expreso aquí á grandes rasgos y de un modo elemental una idea que he desarrollado con gran extensión en otra obra: *Les Lois naturelles*, París, Alcan, 1904.

científica, y tendremos toda clase de ventajas en aplicarla inmediatamente, así depurada y transformada, á la historia de los animales y del hombre que le había servido de punto de partida. Habremos así obtenido un nuevo lenguaje que podrá ser en extremo fecundo, tanto para el estudio de los seres vivos como para el de los fenómenos de física y química.

El ejemplo del resorte de acero doblado por el viento, nos recuerda naturalmente otra expresión, que equivale á la de *lucha universal*: se dice, en efecto, cuando el resorte permanece encorvado bajo el influjo del viento, que la flexión del resorte equilibra á la presión del agente atmosférico. Si el viento aumenta en velocidad, el resorte se dobla más, y si el viento se hace menos intenso el resorte tiende á recobrar su posición primitiva. En cada momento la medida de la flexión del resorte permite conocer la velocidad del viento; hay, pues, entre estas dos cantidades una *relación* que se expresa diciendo que se equilibran. A pesar de la apariencia estática de las cosas de la naturaleza, especialmente de los cuerpos sólidos, llegamos á concebir que todo cuerpo, cualquiera que éste sea, es, desde cierto punto de vista, comparable al resorte de acero curvado por el viento: *resiste* á causas de cambio, está en *lucha*, en *equilibrio* con otros cuerpos. Hasta la propia existencia de lo que llamamos *cuerpo* es el resultado de una lucha.

Los que gustan de sacar de la historia de los átomos ó de las estrellas modelos que ofrecer á las sociedades humanas, aprovecharán la demostración de este hecho para declarar que la guerra es la gran

ley natural. En esto imitarán á M. Federico Passy, que recordaba hace poco, en apoyo de la tesis contraria, este pasaje de San Agustín: "Las propias cosas nos enseñan la fraternidad: un edificio no se tendría de pie si las piedras que le componen no estuvieran unidas unas á otras por una especie de afección mutua, *si non se quodan modo amarent*" (1). Por el contrario, debe parecernos que cada cuerpo vivo ó bruto está en lucha perpetua con los demás cuerpos; trataremos de establecer aquí las condiciones de esta lucha, pero no tendremos la pretensión de deducir reglas de conducta para los pueblos.

* * *

Como la idea de lucha resulta de la observación de los animales, es entre los seres vivos donde debemos ensayar por de pronto de fijar la significación de ella. Será preciso, además, desde el principio, hacer intervenir cuerpos brutos en la cuestión, porque el fenómeno *inmediato* de la lucha se verifica entre el individuo y su ambiente con más frecuencia que entre dos individuos. Se puede hasta definir la vida de este modo: "la invasión del medio por el ser vivo", ó al menos "la resistencia del ser vivo á las acciones destructoras del medio." Es una lucha, en la acepción rigurosa de la palabra.

El resultado más evidente del acto vital es la conservación por el individuo de sus propiedades, de su *herencia*, en una palabra. Este resultado es

(1) *Revue de la Paix*, Abril 1905.

aún más notable cuando el individuo *crece* ó se multiplica conservando sus caracteres específicos, é impone, por esto mismo, á partes nuevas del ambiente su herencia personal. Empleo aquí de propósito la palabra herencia en un sentido más amplio que el que generalmente se le atribuye. La noción biológica de herencia tiene, en efecto, por origen la comparación de las formas y de las propiedades de los hijos con las formas y las propiedades de los padres. Cuando se habla de herencia se piensa exclusivamente en la que se manifiesta en la *reproducción* de los individuos vivos; se admira la conservación de la especie y se olvida que la del propio ser y la prolongación de su existencia en el tiempo, son, en último análisis, el resultado de los mismos fenómenos elementales. Si hoy soy yo lo que era ayer, ó al menos difiero tan poco de lo que ayer era que puedo ser perfectamente reconocido por los que me han visto; si he cambiado muy poco á pesar de las innumerables reacciones químicas que han ocurrido en mí y han renovado mi substancia, es porque estoy vivo y mi cuerpo de hoy ha *heredado* casi todas las propiedades de lo que de mi antiguo cuerpo ha subsistido vivo. Esta transmisión de las cualidades individuales á través de las vicisitudes de la vida del ser es precisamente la característica de la vida. La conservación del ser es tan digna de atención como la conservación de la especie, resultado de la multiplicación de los seres.

Yo *transporto* conmigo, en los diferentes puntos del espacio que ocupo sucesivamente, casi todas las particularidades que definen mi individuo. Estas particularidades cambian poco á poco lo cual expre-

so diciendo que evoluciono, pero cambian lo bastante despacio, mientras vivo, para que se me reconozca bajo los aspectos sucesivos que tomo, y por esto conservo el mismo nombre y soy un individuo, un ser, *un cuerpo*.

Para un observador, humano como yo, cambio tan poco que parezco no cambiar nada, y por eso se me atribuye una existencia absoluta; se me compara á esos *cuerpos* que parecen inmutables dada la lentitud de su evolución, como una moneda de oro ó un cristal de cuarzo, cuerpos sólidos, cuerpos por excelencia. La moneda de oro, el cristal de cuarzo, transportados de un punto á otro en los medios en que vivimos, *parecen* existir por sí mismos independientemente de las condiciones realizadas á su alrededor. La observación de los cuerpos sólidos ha desempeñado un papel capital en la educación del hombre, en la génesis de su lógica actual: nada es más cómodo para nosotros que la presencia de cosas inmutables que sirvan de jalones y permitan notar los cambios de las cosas que varían...

En realidad, si se mira más de cerca, se ve que esto es mera ilusión. La moneda de oro, si pasa cerca de una fuente intensa de calor, se transformará en un líquido ó en un gas y conservará este aspecto nuevo hasta que los azares de la temperatura le den una forma sólida *diferente* de la primera (1). Así, pues, en vez de tomar de los cuerpos sólidos, para aplicarla á los cuerpos vivos, la engañadora noción de la inmutabilidad, es más filosófico desconfiar de

(1) Y hasta propiedades químicas diferentes si el agua regia se encuentra en su camino.

las consideraciones estáticas y preguntarse si no sería preferible hacer salir del dominio biológico, para generalizarla, en el lenguaje, á todos los objetos de la naturaleza, la idea de la variabilidad de los cuerpos bajo la influencia de las condiciones locales. Tal vez debiéramos admirarnos ante una moneda de oro que transporta, con ella misma, de bolsillo en bolsillo, sus propiedades de tal pieza de oro, como nos asombramos ante un hombre que transporta, de casa en casa, sus propiedades de hombre. Y si realmente el hecho de conservar sus propiedades de hombre en el curso de una existencia es el resultado de fenómenos elementales análogos á aquellos de donde proviene la transmisión, de padre á hijo, de las cualidades individuales y específicas; si se debe hablar de herencia y, con el mismo título, para recordar la conservación del ser y la de la especie, puede ser ventajoso referir la noción biológica de herencia á un terreno más vasto, al de la transportabilidad por un cuerpo de un punto á otro de algunas de las propiedades que le son *inherentes*, porque es muy cierto que si un hombre no tuviera cualidades personales *duraderas* no se podría hablar de la transmisión hereditaria de estas cualidades.

Si no hubiera en la naturaleza bruta más que fenómenos simples, como el cambio de estado de los cuerpos, el paso del estado sólido al estado líquido ó gaseoso, tal innovación en el lenguaje podría parecer pueril; en cambio me parece que debe ser muy fecunda cuando se trate de transformaciones y de acciones recíprocas de los cuerpos que están á mitad de camino entre la naturaleza viva y la naturaleza

bruta y á los cuales llamamos cuerpos coloides. Para el estudio de estos cuerpos que no son ni sólidos ni líquidos, la noción de herencia generalizada será extremadamente útil, como espero demostrar en esta obra. El estudio de las sustancias vivas nos será particularmente provechoso, á este respecto, por razones fáciles de comprender.

Estudiemos, por ejemplo, el caso del oro fundido: Se solidifica por enfriamiento y adopta una forma rígida que depende de las condiciones realizadas á su alrededor *en el momento mismo* de su solidificación. Puede llegar á ser pepita, gemelo de puño, libra esterlina, y conservará durante mucho tiempo, si está al abrigo de las influencias destructoras, esta forma característica de las condiciones que le han rodeado en el momento de su solidificación.

He aquí la tinta de mi pluma: la distribuyo sobre el papel y escribe letras que dependen de mi estado actual (1): luego, cuando se seca, guardará, mientras el papel no se destruya ó sea sometido á influencias deletéreas, la forma que toma en este instante. Mientras dure el manuscrito, fijará un momento de la historia local del mundo, momento para siempre pasado y cuyo recuerdo transportará consigo de biblioteca en biblioteca, hasta que se quemé ó se destruya de cualquier otra manera.

Ahora reparo que he tomado al azar dos ejemplos, el de la moneda de oro y el del manuscrito, que desempeñan un papel particularmente importante en la sociedad de los hombres.

(1) Y mi estado actual depende también de las condiciones ambientes, al mismo tiempo que de todo el pasado inscrito en mi estructura individual.

Por medio de monedas de oro y de manuscritos se transmite, de generación en generación, la fortuna de los individuos; si no hubiera cuerpos sólidos (1) no habría herencia posible, y es curioso que esta idea de herencia se presente á nosotros á propósito de la herencia de los caracteres específicos.

Por medio de monedas de oro y de papeles es como los padres indemnizan á sus hijos de los estigmas corporales ó intelectuales con que los han gratificado por herencia. He aquí una nueva prueba de lo que ha poco afirmaba respecto de que los cuerpos sólidos son un factor esencial de la historia de los hombres.

Había escogido estos ejemplos para recordar que el cuerpo bruto, al solidificarse, toma una forma fija que depende de las condiciones realizadas en el momento preciso de la solidificación y que transporta luego consigo, hasta tanto que haya sufrido una transformación nueva, el recuerdo de ese momento preciso de la historia local del mundo.

En el ser vivo, por el contrario, la maleabilidad del individuo es siempre la misma; á cada instante de su vida, el animal ó el vegetal recibe la impresión del mundo exterior y conserva de ella más ó menos, *el recuerdo*. Hay en nosotros, verdad es, partes casi rígidas y casi inmutables que forman nuestro esqueleto y que limitan á cada instante la variabilidad resultante para nuestro individuo de la influencia de las condiciones exteriores; pero en ciertas especies el esqueleto tiene escasa importancia, y sin embargo,

(1) O al menos de cuerpos bastante sólidos para transportar consigo su forma.